

lo dicen al son de una máquina infernal que estalla, produciendo con su estallido la desolación y la muerte.

En vista de esto se nos ocurre preguntar á todas las autoridades de la escuela liberal, que predica y ha predicado siempre la libertad del pensamiento y la libre emisión de las ideas: ¿Queréis que arrulle vuestro sueño el alegre rumor del órgano y del pandero, ó el horrisono son de las bombas anarquistas? ¿Queréis quedar dormidos al eco de la magnífica canción: *Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres*, ó al eco de la canción aterradora de *Fuera Dios y guerra á los hombres*?

Escoged. . . pero sed consecuentes.

Si escogéis lo primero, protegéd á la Iglesia de Cristo y refrenad á sus enemigos; si escogéis lo segundo, no castiguéis al infeliz anarquista que pone en práctica unas doctrinas cuya propaganda está admitida por vosotros como lícita y buena.

Uno de esos dos gritos ha de resonar siempre en vuestros oídos; escoged y obrad.

FR. AMBROSIO DE VALENCINA.

BAZAR DE CARIDAD

PARA LA

OBRA DEL CATECISMO.

CALLE DE LA AGEQUIA, BAJOS DEL NUM. 2.

MEXICO

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

Hec est victoria que vincit mundum, fides nostra.

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.ª EPÍST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

DOCTRINA

(Continúa.)

Tres circunstancias no menos crueles concurren á oprimir el corazón de Jesús: 1.ª La infidelidad de sus discípulos y de sus apóstoles, de los cuales uno lo vendió vilmente, otro lo negó cobarde y renegó de él con un execrable perjurio, y todos lo abandonaron. ¡Oh qué terrible golpe fué para el alma tierna de Jesús, el ver que entre tantos discípulos, objetos de su amor y de sus beneficios, no hubo uno que se atreviese á declararse por suyo, antes todos le volvieron la espalda en la desgracia! 2.ª La completa pérdida de su reputación delante del pueblo. Este mismo pueblo que había sido testigo de sus milagros, que le había seguido con ardor, que le miraba como á un gran profeta hasta querer aclamarlo rey; este pueblo que pocos días antes le recibió en Jerusalem entre aplausos de alegría, que le rodeaba llevando palmas y cantando *Hosanna!* ahora, súbitamente cambiado hasta el extremo de creerse engañado y seducido por Jesús: toda esta muchedumbre aver-

gonzada de haber creído en él, le considera como un hipócrita, un impostor, un trapacero de los más peligrosos, y pide su muerte con descompasados gritos de rabia y de furor. 3.^a El desprecio execrable de su divina persona en los diversos tránsitos á los tribunales de Anás, Caifás, de Pilato, de Herodes. Mirarse atado como un impío y un eriminal para ser enviado de uno á otro juez, como si se tratara de un objeto de mera curiosidad; servir de entretenimiento al más vil populacho que cuenta con amplia libertad para burlarse de él y vomitar contra su persona toda suerte de insultos y blasfemias; ser vestido como un insensato y así llevado por las calles de Jerusalem; ser considerado como un rey de burlas y ser sentado casi desnudo, en una piedra, en medio de una soldadesca insolente; todas estas humillaciones, todos estos oprobios, todos estos ultrajes, fueron la parte más viva y la más dolorosa de los tormentos que experimentó Jesús en su alma adorable.

Sufrió igualmente en su sagrado cuerpo, que fué entregado á merced de viles esclavos, de groseros soldados y de cuantos quisieron maltratarlo; en aquel preciosísimo cuerpo descargaron toda su rabia los judíos y los paganos, y descargó por consiguiente su furia el demonio, de quien aquellos hombres estaban poseidos; aquel delicado cuerpo fué abofeteado, escupido, azotado con una crueldad sin ejemplo, coronado de espinas, llagado, desgarrado, desfigurado, reducido en fin á no presentar, de la cabeza á los pies, más que sangre y heridas hasta el extremo de

no conservar ni la figura de hombre. *Desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza, no hay en él cosa sana, sino heridas y cardenales, y llaga corrompida que no ha sido curada, ni vendada, ni suavizada con bálsamo: lo vimos y estaba sin figura de hombre.* (Isaías.) Tales fueron los principales tormentos de Jesús desde el jardín de los Olivos al Calvario, en donde le estaba reservado otro todavía mayor, de más intensos dolores y de más horrible humillación, á saber: el suplicio de la cruz. No satisfechos con lo que le habían hecho sufrir hasta allí los judíos, quisieron consumir su nefando crimen clavándolo en un patíbulo. Y que este suplicio haya sido el más doloroso de todos, lo entenderéis fácilmente si reflexionáis que el cuerpo, suspendido por medio de claves, descansa y se sostiene únicamente en sus propias heridas que se abren y desgarran sin cesar.

Y es de notar que si este suplicio excede en crueldad á los otros, es todavía más que cruel, ignominioso; porque estaba reputado entre los judíos por el de mayor infamia y en tal virtud reservado solamente para los vilísimos esclavos. El furor de los verdugos de Jesús hizo á éstos crucificarle entre dos ladrones como capitán de criminales; y si á esto se añaden las burlas y los sarcasmos del numeroso populacho, el dolor de María que se hallaba al pie de la cruz y la privación de todo socorro y de todo consuelo sensible, comprenderemos cuán vergonzoso y cuán horrible fué semejante suplicio para nuestro amantísimo Salvador.

Vemos, pues, que Jesucristo padeció todo género de males en su alma y en su cuerpo, y que tan grandes fueron sus dolores interiores como atroces sus tormentos exteriores; unos y otros fueron tan sin medida y tan sin límites, que los profetas los compararon á la inmensidad de los mares. *Grande como el mar es tu dolor. Llegué á alta mar y sumergíome la tempestad.* Y después de haber sentido las penas, los espasmos, los horrores de la agonía durante más de tres horas en la cruz, consumió el Señor su sacrificio y probó el amargo cáliz de la muerte por la separación de su alma santísima y de su sagrado cuerpo. ¿Qué necesidad tenemos, diréis, de expresar que murió Jesús, si sabemos que por haber sido enclavado en la cruz le fué evitable la muerte? ¡Ah! Es de altísima importancia tener completa certidumbre de su muerte, porque siendo esta la más grande humillación para todo un Dios, pudo alguna vez ponerse en duda.

Por esto es de fe que Jesucristo tuvo en la cruz una muerte real, semejante en todo á la que arranca de la vida á los demás hombres, por la separación efectiva del alma y del cuerpo. *É inclinando la cabeza, entregó su espíritu.* Los mismos que lo crucificaron reconocieron que había muerto. Porque, como los dos ladrones crucificados con él, conservasen todavía un resto de vida, rompiéronles los huesos de las piernas; y aunque no infligieron este suplicio á Jesús, por haber advertido que ya había expirado, con todo, un soldado que quiso tener de esa muerte

la más perfecta certidumbre, le atravesó el costado con el hierro de su lanza, y de aquella ancha y profunda herida brotaron agua y sangre, como de una fuente misteriosa que había de alimentar los sacramentos.

Y para corroborar todavía más una verdad tan firmemente establecida, añadimos en el Símbolo que Jesucristo fué sepultado; porque no se sepulta sino á los muertos. Cuando el Salvador hubo expirado, un hombre rico y distinguido entre los judíos, José de Arimatea, se acercó á Pilatos y le pidió el cuerpo de Jesús para darle honrosa sepultura, lo que concedió Pilatos después que el Centurión dió testimonio de que Jesús había realmente muerto. José y Nicodemus desprendieron entonces de la cruz el cuerpo del Señor, lo embalsamaron y depositaron en un sepulcro nuevo, abierto en la roca y en el que ninguno otro había sido hasta entonces enterrado. Por consiguiente, estos dos discípulos que tanto amaban á su divino Maestro, pudieron muy bien asegurarse de la realidad de la muerte de Jesús, y tan por completo, en efecto, se cercioraron, que dieron sepultura al venerando cadáver. Mas es de considerar que si el alma del Salvador se separó de su cuerpo por la muerte, no así la divinidad que permaneció inseparablemente unida á uno y á otra. Además, por virtud de esta divinidad, el cuerpo, aunque corruptible, no sufrió la menor corrupción en el sepulcro; y finalmente, al tercer día, en virtud de la misma divinidad, el cuerpo se volvió á unir á el alma y tuvieron de nuevo la vida.

Dilucidemos ahora algunas dificultades: 1.^a ¿Cómo Jesucristo, siendo Dios, pudo padecer y morir? En cuanto Dios, no pudo ni padecer ni morir; pero sí en cuanto hombre. Lo que en Cristo padeció y murió no fué la divinidad, sino la humanidad, esto es, el alma y el cuerpo. Sin embargo, tenemos la más justa razón para decir que Dios padeció, que Dios murió por nosotros; porque la persona de Jesucristo fué verdaderamente divina, aunque no padeciera más que en la humanidad de que se había revestido.

Por lo menos, se dirá, Jesucristo, siendo Dios haría su humanidad insensible, ó siquiera menos sensible á la violencia de los dolores.—No, en verdad. Su carne fué más sensible que la nuestra; porque como encarnó para sufrir, el Espíritu Santo le formó un cuerpo en relación con ese fin, un cuerpo formado, nos dicen los Profetas, para sentir penas y tormentos: *Varón de dolores, y que sabe lo que es padecer*. Los sentidos de aquel delicado cuerpo eran de tal manera exquisitos, que experimentaban las torturas con más intensidad que cualesquiera otros.

2.^a Pero ¿cómo un hombre pudo resistir tanto tiempo y tan extremados tormentos?—¡Ah! La divinidad vino en auxilio de la humanidad, no para quitarle ni para disminuirle el sentimiento del dolor, sino para conservarle por más tiempo la vida en medio de los más atroces padecimientos, á fin de que por su misma sobrenatural duración y por el

prodigio de tan larga agonía tuviésemos una prueba irrecusable de la divinidad de Jesucristo.

(Continuará.)

MORAL

EL RESPETO Á LOS SACERDOTES.

(CONTINUA.)

Pocos, muy pocos años duró el ministerio personal de los Apóstoles en la vida del Padre de Familias. Sin embargo, estos varones singulares, ayudados de poder sobrenatural, trabajaron con celo ardiente, con infatigable afán y llevaron á prodigiosa altura la grande obra que Jesucristo les encomendara. No reparan en dificultades de ningún género, antes bien las desafían todas y llegan á vencerlas. *In omnem terram exivit somis eorum*: recorren el mundo, van á las más apartadas regiones, entran en las soberbias y populosas ciudades y en los humildes villorrios, penetran á los lujosos alcázares de los reyes y al mezquino tugurio de los desheredados; en los templós, en las academias de los filósofos, en las plazas, reclaman la atención y predicán á Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Redentor del mundo, atormentado y muerto por la perfidia judaica; que ofreció el sacrificio de su vida para rescatarnos del poder del Demonio y librarnos del pecado: ponderan las excelencias de las virtudes ya desconocidas en aquella sociedad profundamente gangrenada por

los vicios; siembran, por decirlo de una vez, la semilla divina del Evangelio, y Dios concédeles el gozo inefable de verla germinar, y florecer, y aun dar sazonados frutos de vida eterna.

Pusieron los Apóstoles digno coronamiento á su gloriosísima carrera, pues á imitación de su celestial Maestro, sellaron con su sangre la verdad de sus predicaciones. Los verdugos fueron segando una á una aquellas vidas preciosas para la Iglesia, pero el martirio es para acrecentar la gloria del que muere y para confirmar la fe y la esperanza de los que continúan en la lucha: no se entibia el celo, ni se debilita la constancia de los que van quedando; por el contrario, redoblan su solicitud y sus esfuerzos para que cuando llegue su vez exclamen como San Pablo: «Porque yo ya estoy á punto de ser sacrificado, «y cerca está el punto de mi muerte.—Yo he peleado buena batalla, he acabado mi carrera, he guardado la fe.—Por lo demás, me está reservada la «corona de la justicia que el Señor, justo juez, me «dará en aquel día: y no sólo á mí, sino también á «aquellos que aman su venida.» (Ep. II ad Titum c. IV.)

Sigamos recordando la vida laboriosa, edificante y victoriosa del sacerdote en los tres primeros siglos de la Iglesia, para que veamos nuevos motivos que nos obligarán á venerar esa institución divina.

¿Qué era el paganismo sino el monstruoso hacinamiento de todos los errores y de todas las abominaciones del vicio? El imperio romano al paso que

conquistaba ó se aliaba algún pueblo, daba lugar á nuevos dioses. Todo cabía en aquella especie de sentina gigantesca, así fuesen las ingeniosas invenciones de la mitología griega, como las burdas creaciones de los pueblos bárbaros.

Pero ¿qué es lo que pasa? ¿por qué aquella corrupta sociedad, aquellos poderes tiránicos se conmueven al aparecer el cristianismo predicado y profesado por hombres que vienen de lejanas tierras, pacíficos, humildes, caritativos, inermes? ¡Ah! es que el cristianismo es la verdad, la negación radical del paganismo.

En efecto, bien conoció el mundo pagano, que la naciente religión venía derribando los altares de los falsos dioses y levantando sobre sus ruinas los templos del Dios único á quien debía adorarse en espíritu y en verdad: la superstición pone en juego todas las pasiones para ahogar en su cuna á la religión cristiana. Pero todo esfuerzo es inútil para estorbar la obra de Dios: la persecución es contraproducente, porque los cristianos tienen fuerzas sobrehumanas para llegar al heroísmo. Los paganos dan coces contra el aguijón. Los seguidores de Jesucristo se multiplican maravillosamente; son de ayer y ya llenan las calles de las ciudades y aun los palacios de los magnates.

Los emperadores creen salvar la patria si persiguen á los cristianos, y al efecto lanzan edictos tiránicos para que se les denuncie, se les encarcele, se les haga abjurar de sus creencias ó se les haga morir en espantosos tormentos.

Los sacerdotes de los falsos dioses creen que el más sagrado de sus deberes consiste en extinguir aquella nueva raza de blasfemos.

El populacho corrompido y bárbaro secunda las miras de sus dominadores, y se divierte en el martirio de los cristianos.

Pero el sacerdote católico era de preferencia el blanco á donde la persecución dirigía sus tiros; y ¿por qué?

Porque el sacerdote era el que enseñaba la doctrina de Jesucristo; el sacerdote era el que bautizaba y administraba los santos Sacramentos; el sacerdote era el que alentaba con sus palabras de fuego y con sus heroicos ejemplos á desafiar la cólera de los verdugos con la ayuda de la gracia y la esperanza del cielo; el sacerdote acaudillaba las turbas de los cristianos que volaban al martirio; el sacerdote era el depositario, el heraldo de la nueva idea, el representante de una civilización que jamás se hubiera soñado sobre la tierra, pero que tenía que avasallar todo.

Es, pues, el sacerdote el medio principal de que Dios Nuestro Señor se valió para conservar su celestial doctrina y los inmensos bienes que virtualmente traía consigo. ¡Qué grande, qué sublime se le ve en esas tres centurias de durísimas pruebas para la Iglesia! Lo mismo era ser Pontífice que ser mártir; lo mismo era ser Obispo ó ser Sacerdote, que estar ciertamente destinados á los tormentos y á la muerte.

III

Bien mirado, dos manifestaciones tuvo la gran fuerza vital del cristianismo en ese período de persecución y de lucha: primero, el valor sobrehumano, divino, con que los fieles acaudillados por los sacerdotes soportaron el martirio.

Créese comúnmente que en los tres primeros siglos de nuestra era ascendió el número de mártires á la abrumadora cifra de ¡once millones! haciendo punto omiso de aquellas muchas ocasiones en que bajo la cuchilla del verdugo sucumbieron innumerables víctimas, como en Zaragoza.

Segundo, la vida eremítica que en medio de la mayor abnegación tiene mucho de bella, de poética, de sublime.

En efecto, ved al hombre oyendo allá en el fondo de su corazón la voz de una vocación divina que le dice como á Abraham: *Egredere de terra tua, et cognitione tua, et de domo patris tui, et veni in terram quam monstrabo tibi.* (Gen. XII-1.) Renuncia al padre, á la madre, á los hermanos, los amigos, las comodidades del hogar y de la sociedad para internarse en un espeso bosque, vivir en obscura cueva, macerar el cuerpo con la desnudez, el ayuno, la vigilia y la disciplina. La belleza de esta vida tan contraria á los instintos de nuestra naturaleza, no se percibe con los ojos y los oídos del cuerpo: tenemos que hacer abstracciones y juzgar en sentido de nuestra fe. Constanos de cuerpo; pero principalmente constamos de

alma espiritual: la estancia en la tierra es momentánea y no vamos sino de tránsito para el cielo: éste es un premio, una corona: el premio será en proporción del mérito: la riqueza de la corona será correspondiente á la victoria y la victoria se medirá por la destreza y táctica y valor que se haya desplegado en el combate.

Pues bien, esos hombres extraordinarios, incomprensibles para el siglo, son sin embargo los que han elegido la mejor parte; han puesto la mirada en el cielo; han hecho á Dios el objeto único de sus contemplaciones; han dejado por decirlo así esas cosas de verdad para buscarla sólo en el sol indeficiente, en la verdad por esencia: han abandonado las criaturas imperfectas, veleidosas, mutables, para poner el corazón, el amor únicamente en Dios, bien sumo, belleza por excelencia y principio de toda belleza; han dejado mezquinas corrientes de goces, para anegarse en el océano insondable de la felicidad que es Dios, á quien poseen ahora por gracia, después por la gloria.

También aquí vemos al sacerdote dando el ejemplo de esa vida no humana sino celestial, eficacísima para conservar la rica estola de la inocencia, huyendo de los muchos peligros que á cada paso y á cada instante ofrece el mundo. Y es al propio tiempo un medio para llorar la vida que se había pasado ora en la idolatría, ora en los devaneos del siglo.

IV

Han sido los Concilios, venerabilísimas asambleas donde la Iglesia ha reunido siempre sus sabios y sus santos; donde ha dado gallarda muestra de su poder, de su sabiduría, de su misión divina y civilizadora en grado sumo.

Hombres que por largos años han apacentado sus greyes espirituales, que han conocido de cerca las necesidades de las ovejas que Jesucristo confiara á su cuidado y vigilancia, se han reunido para poner en común el tesoro de su experiencia.

Si la fe háse visto amenazada por el cisma y la herejía, los concilios han fijado con claridad meridiana el sentido de las Santas Escrituras; han seguido escrupulosamente las corrientes de la tradición ascendiendo de siglo en siglo hasta llegar á las fuentes apostólicas: han pulverizado los sofismas inventados por el espíritu de la mentira, y á todo trance han sostenido el dogma católico, la verdad revelada por Dios al hombre y encomendada á su Iglesia. Y es claro que de este modo han salvado no solamente la verdad religiosa, sino que también la verdad filosófica; aunque por otra parte sea cierto que la revelación y la razón sean distintos caminos.

Si las pasiones, si los vicios tienden á enturbiar las nítidas aguas de la moral cristiana, ahí estarán los pastores celosos para dar el grito de alarma, defender la pureza de las costumbres, reprimir y enfrenar las pasiones y perseguir el vicio hasta sus últimos atrincheramientos.

Con los intereses propios de la fe y de la moral de Jesucristo supieron ligar los Concilios los intereses de la humanidad y la verdadera civilización.— Los Concilios han trabajado asiduamente por la sólida constitución de la familia y del Estado. ¿Cuántas dificultades habránse presentado para hacer efectiva la ley de Jesucristo sobre la unidad é indisolubilidad del matrimonio? ¿Cuántas, para hacer comprender á los hombres la ley de fraternidad y caridad y el principio legítimo de autoridad?

(Continuará.)

VARIETADES

III

Es bastante haber pecado una vez.

—Y bien, Rosita, ¿ha sido bueno el año?

—Delicioso, caballero; me he divertido mucho, he bailado mucho. . . .

—¡Rosita! . . .

—¿Caballero?

—Habláis como la gente sin seso.

—Y bien, querido Francisco, ¿cómo ha estado el año? ¿Ha sido bueno?

—¡Oh! sí; muy bueno. He tenido mucho trabajo productivo.

—¡Querido Francisco!

—¿Amigo mio?

—Te expresas como si fueras una máquina.

—Señor Don Alejandro, ¿qué me dice Ud. del año?

—Bueno, eh?

—¡Ah! Excelente, caballero, excelente; he cosechado un vino. . . . riquísimo.

—¡Señor Don Alejandro!

—Usted mande, caballero.

—Habláis como lo haría un tonel.

Escuchadme, Rosita, Francisco y Alejandro: no razonaba así en uno de los últimos días del año 189... Agosto, el joven tendero de la esquina. Aprended á pensar como él, con la inteligencia, con el espíritu; no con los pies, con las manos ó con el estómago.

Acababa de cerrar sus cuentas de fin de año: su balance acusaba una utilidad de dos mil pesillos que tenía en efectivo. Feliz, creyéndose un Creso, exclamaba:

—¡Tengo asegurada la torta! ¡Viva el placer!

Cuando al terminar su exclamación, sus ojos se detuvieron en un librito que su hermana había dejado sobre el escritorio.

Maquinalmente abrió el libro y leyó: «Es bastante haber pecado una vez. para llorar eternamente. . . .»

Estas palabras llegaron á su corazón: los 365 días del año aparecieron á su vista en un solo instante y mil pensamientos tristes acudieron á su espíritu.

Cayó de rodillas con la cabeza entre las manos: «¡Desgraciado de mí! exclamó. Me preocupo por el

estado de mi caja, y no me inquieta el estado de mi alma. ¿Qué importa haber amontonado el oro en aquella, si al mismo tiempo he hacinado iniquidades en la otra? El dinero no da la felicidad y. . . *para llorar eternamente, basta haber pecado una sola vez.*»

Después, levantando su frente, «¡qué loco he sido, añadí, en qué riesgo me encuentro! He leído ayer que cada día la guadaña de la muerte corta el hilo de cien mil existencias, por término medio. ¡Cien mil ayer! . . . cien mil hoy! . . . cien mil mañana! . . .

¡¡¡ Puedo yo ser uno de estos!!! ¿Quién me asegura que viviré mañana, que llegaré con vida al año próximo? Y si así no fuere, ¿qué será de mí, gran Dios? . . . ¡Insensato! *Para ir al infierno basta haber pecado una vez.*»

En estos momentos sus miradas se detuvieron en un crucifijo, y con el acento de la más ferviente oración, exclama: «¡Oh Dios mío, perdonadme! Sin el pecado no hubierais muerto Vos, y yo tengo parte en ese horrible deicidio, porque *para enclavar á Jesucristo en la cruz basta haber pecado una vez.* . . .» Y hé aquí que Augusto lejos de entregarse á dormir por la noche de aquel dichoso día, lavaba sus culpas con el llanto del arrepentimiento.

Lágrimas benditas que prometían un año mejor que el que acababa; uno de esos años verdaderamente felices que encaminan al Paraíso.

Haced vosotros lo mismo, Señor Don Alejandro, amigo Francisco y Rosita.

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

Hæc est victoria que vincit mundum, fides nostra.

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.^a EPÍST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

DOCTRINA

(CONTINUA)

Hagamos punto omiso de los otros milagros que atestiguaron á las claras su divinidad: aquellos soldados que caen en tierra cuando llegan á prenderle: la oreja restituida á Malco en presencia de los mismos: el maravilloso eclipse que en pleno día sumerge al mundo en tinieblas, eclipse notado por los mismos paganos que han conservado su memoria: el terremoto inusitado: las rocas que se parten, los sepulcros que se abren: la naturaleza entera que se conmueve; prodigios que arrancan al Centurión este grito de la más íntima convicción: *Verdaderamente este era el Hijo de Dios*, y á los que descendían del Calvario, señales inequívocas de dolor y de arrepentimiento, porque *Se volvían dándose golpes de pecho*: dejemos aparte todos estos milagros. El solo hecho de tan larga resistencia al dolor, ¿no es una prueba evidente de la divinidad de Jesucristo? ¿Qué hombre hubiera podido sobrevivir á la sangrienta flagelación, á la coronación de espinas, mil veces